

Melloni Los retos actuales de la espiritualidad

Me ha sido difícil sintetizar o ver cómo abordar algo tan grande como esto, ¿no? Los retos de la espiritualidad cristiana hoy.

En la primera parte voy a calentar motores para entrar en la segunda, pero creo que para ir a la segunda, para ir poco a poco, entrarnos poco a poco me parecía que podía ayudar en marcar lo que después diré en la segunda parte.

En primer lugar, yo creo que el reto actual que tiene la espiritualidad cristiana en el conjunto de esa emergencia, como ha mencionado Israel de lo espiritual en un tiempo en que esto había quedado, digamos, siglo XX, ciertamente, aunque ya hacia finales del siglo XX hay un emerger de lo espiritual. Que no necesariamente.

De lo religioso, eso en todo caso en algún momento también lo mencionaré, la diferencia entre espiritual y religioso.

En cualquier caso, en este emerger de lo espiritual ¿Cuál es el lugar de la espiritualidad cristiana específicamente? Entiendo que esa es la pregunta.

Bueno, pues yo diría que lo que el reto principal es la significatividad de nuestra espiritualidad para el mundo de hoy. O sea, ¿qué aporta? Nuestra espiritualidad en un mundo en cambio

En cambio, radicalmente, como estamos asistiendo en unos movimientos muy fuertes ¿Es significativa todavía? ¿Y por qué es significativa? ¿O qué es lo que la hará significativa? ¿O en qué ha perdido significatividad? Esa es la gran cuestión, ¿no?

¿Cuál es su credibilidad, por tanto, también? ¿Cuál es la credibilidad de la espiritualidad cristiana, su significatividad para un mundo en cambio?

Y sobre esto creo que puede ayudar aquella expresión del pueblo de Israel en el exilio, que se hablaba del resto de Israel, como el núcleo que guarda la memoria en tiempos de exilio en Babilonia, de eso para que no se pierda, para que no se desaparezca.

Hay que distinguir, y es muy importante, la diferencia entre el resto de Israel, del residuo. Un residuo no es lo mismo que un resto.

Un residuo es lo que sobra de un plato, lo que se ha acabado, se ha agotado y por lo tanto se tira. Se puede dar a algún animal, hoy en día se recicla, se hace compost, pero fundamentalmente... Realmente el residuo es algo, lo que queda, los restos finales de algo acabado. En cambio, la idea, no de residuo, sino de resto de Israel, es que en poco lo concentra todo.

Es decir, que no es una cuestión de cantidades sino que en lo poco que queda o en los pocos que queden hay concentrada la esencia de eso que se tiene que transmitir, y en ese punto, ¿qué importa que sean muchos o sean pocos? Lo importante es que esos pocos o muchos contengan el todo.

Y de eso hablamos, ¿no? Por tanto, sí, podemos tener la sensación de que después de un tiempo de cristiandad, después de un tiempo fuerte que perdura aunque con matices, la secularidad.

La espiritualidad cristiana no desea ser un residuo del pasado, sino un resto que contenga todo su potencial para rebrotar.

En el momento actual, ¿no? De hecho, las imágenes del reino de Jesús son imágenes muy pequeñas, muy humildes. El grano de mostaza es pequeñito, la levadura es pequeñita, pasa desapercibida, la sal también pasa desapercibida en un momento.

Un buen plato, digamos, y sin embargo, en su sabor y su potencial transformador y su crecimiento en el caso de la semilla de mostaza, pues ahí se juega, ¿no? Tiene vigor todavía la espiritualidad cristiana en nuestro mundo, independientemente de si seamos muchos o seamos pocos, eso nunca ha sido un criterio de veracidad para nada, sino dónde está su fuerza, continúa teniendo el núcleo de una respuesta al mundo de hoy.

Entonces, con la gran diferencia, que si en tiempos de cristiandad, para decirlo así, la espiritualidad cristiana estaba relacionada con la religión cristiana, la religión como tal en su manifestación pública se ha reducido, tanto en los países protestantes como cristianos, como católicos, digamos, ha desaparecido del área pública.

Para mal y para bien, yo creo que más bien para bien que para mal, pero bueno, esto también lo podemos hablar después.

Lo que está en juego, pues eso, es cuál es su presencia y qué puede aportar hoy al mundo. Sin las estructuras sociales, sociológicas de poder, también, que hasta hace poco ha tenido.

Segundo punto, el primero es la significatividad. Su significatividad está en su capacidad de responder a las necesidades del hombre contemporáneo, del ser humano contemporáneo. ¿Será significativa y será creíble?

En la medida que responda a las grandes necesidades y preguntas que hoy tiene planteadas, tanto las personas concretas, individuales, como colectivo, como momento civilizatorio, de transición civilizatoria, donde están cayendo muchos referentes.

Y al mismo tiempo están emergiendo ya, emergen briznas de esa nueva humanidad. Llamamos a usted como le haremos.

Entonces esa respuesta, a mi modo de entender, dependerá de un elemento también fundamental que es la capacidad de dar una respuesta integral e integradora.

La espiritualidad no puede ocupar una área de la vida, sino que, y por eso es espiritual, porque como el aire que se respira, el aire lo impregna.

Y estamos siempre respirando aire. No hay un lugar donde se respira el aire y otro donde ya no se respira el aire. El aire está siempre presente en todo. Por lo tanto, cuando hablamos de espiritualidad, estamos hablando de un ámbito que contiene todos los demás ámbitos, que es lo que los permite respirar, digamos, ¿no? Por lo tanto se trata de una mirada íntegra e integradora, que recoja los diferentes elementos que hoy están en juego.

Y, por lo tanto, que no sea algo separado, fragmentado.

En esa distinción del pasado, que tiene su razón de ser, pero que hoy no nos sirve, que es la separación entre lo sagrado y lo profano. Lo espiritual no es lo sagrado separado de los otros ámbitos que son profanos, sino que lo espiritual es lo que hace sagrado aquello que en principio parecería profano. Eso es la espiritualidad.

Por lo tanto, todo el ámbito de la profanidad, es decir, de lo cotidiano, de lo no sagrado, no considerado sagrado por la religión, es justamente lo que hace sagrado, lo que consagra la espiritualidad.

La espiritualidad, digamos, desborda el marco de lo religioso para hacer que todo se convierta en sagrado. Pero claro, no de cualquier manera, y eso hemos de ver en qué manera y de qué manera se hace sagrada lo espiritual, hace sagrado lo profano.

En una primera aproximación, podríamos decir, en esa distinción clásica entre cuerpo... psiquismo,

¿Y espíritu? Bueno, voy a hacer otra distinción. Lo corporal, lo psíquico y lo mundanal, ¿eh?

Esa integridad recoge lo corporal, en primer lugar que integra lo psíquico, el ámbito de lo psíquico, que ahora voy a desarrollar un poco más, y recoge nuestro modo de estar en el mundo, nuestra mundanidad, digámoslo así.

El primer punto, la corporalidad. Estamos en un momento en que el cuerpo está adquiriendo mucho relieve pero con un cierto peligro de narcisismo. El cuerpo se convierte en un objeto de exhibición o en un elemento de autoafirmación de autocultivo.

Esa es la deriva fea que tiene y que está ahí y no siempre es tan fácil de distinguir qué es lo sano o insano de esa recuperación del cuerpo, pero podríamos decir que en cuanto a la corporal, podríamos decir que hay como dos grandes factores.

El aspecto de la salud, hoy en día estamos más que nunca... interesados por la salud hace unos pocos años que en la cuenta, yo nací en Barcelona, desde hace 25 años estoy en Manresa y voy con frecuencia a Barcelona, mis hermanos viven en la casa de mis padres. Pero paseando por el barrio, que había sido estado siempre de pequeño, ¿no? De pronto, caí en la cuenta de que muchísimas, bueno, muchas de las, de los locales digamos, de primera planta, bueno, de entrada, se han convertido en cuestiones de óptica, de cuestiones de fitness, gimnasios, clínicas dentales, o sea, muchas cuestiones corporales, ¿no? Muchos temas corporales. Esto es realmente nuevo, digamos, ¿no? En parte porque hemos avanzado en edad, entonces hay más ancianos y por lo tanto hay más necesidad de cuidar el cuerpo en sus fases, digamos, finales o avanzadas, pero no sólo esto, ¿no? cantidad de "tires", ¿no?, de espacios de deporte, de gimnástica y tal. Bueno, bueno, ¿qué significa esto?

Por un lado tiene que ver con nuestro principio encarnatorio, ¿sí? Somos cuerpo, no sólo estamos en el cuerpo, sino que somos cuerpo. Y la atención al cuerpo es necesaria porque es nuestro vehículo en el mundo, ¿no? Por lo tanto hay un cuidado de la salud que tiene que ver con la escucha del cuerpo. Con la escucha de todo el tema también dietético, ¿no? Hay que ver en estos momentos la cantidad de variantes que hay de dietas, de comidas. O sea, aparte de las opciones vegetarianas, no vegetarianas, veganas, pero luego hay toda la cuestión de las alergias. O sea, los pobres camareros en los restaurantes tienen un lío, ¿no? Porque es que incluso cafés, hay como 10 variantes de café, ¿no? Bueno, que en una sociedad más sobria o más... todo eso no estaba, ¿no?

¿Cómo convertimos en espiritual todo eso? Porque dedicamos mucho tiempo a esta cuestión.

Tanto en el rato que comemos, que le digamos especialmente a la injerencia o al cuidado de estas cosas, como todo lo que implica la preparación, compras, etc. ¿Qué criterios tenemos para todo esto?: Hay una forma consumista y una forma narcisista de cultivar todas estas cuestiones, o hay una forma sagrada de relacionarse con el cuerpo, una forma sagrada de comer. Una forma sagrada de hacer deporte. Y lo que lo hace sagrado, lo que lo hace espiritual, entre comillas, ¿no?

¿Es la gratitud? con la que uno puede caminar, correr. La gratitud con la que uno puede comer una cosa o la otra. La gratitud con la que uno pueda vestirse de un modo o de otro. La gratitud con la que uno pueda desplegarse, la gratitud, por un lado, la gratitud y la conciencia de que eso que estoy ingiriendo, practicando, vistiendo, adquiriendo lo que fuere.

¿No está al servicio de mi ego? de la posesión de mi yo, del fetiche de mi yo, del fetiche de mi cuerpo, sino que está al servicio del mundo.

En la medida que más pueda ser yo en mis posibilidades, más puedo ser para los demás y para el mundo. Lo que lo convierte en espiritual es que el punto de referencia no está en...autocentrado en mí yo, sino que me atraviesa, porque yo soy el agente de eso, por supuesto. Pero él regresa al mundo, viene del mundo y regresa al mundo, viene de los demás y regresa a los demás, ¿no?

Y eso en su dimensión corporal. Ligada al cuerpo está también la sexualidad, un grandísimo tema vedado por la tradición hasta hace pocos años, desmandada pues en los años hippies digamos de los 60-70 pues porque inevitablemente eso había de explotar y en estos momentos hay una disociación muy grande entre toda la legítima denuncia de los abusos que han habido, tanto religiosos como familiares o profesionales, todo el gran tema, sobre todo la susceptibilidad, con razón, mientras no caigamos en la neurosis contraria, pero por supuesto, el respeto por el otro, el respeto en el trabajo, el respeto, por supuestísimo que sí, en las relaciones que se han por un lado, pero por otro lado todo el otro desmadre, digamos, de la sexualidad desbocada y negada y ocultada, todo el tema de la pornografía, etcétera, etcétera, ¿no? Hay una disociación ahí, ¿no? Hay una disociación. ¿No? ¿Por qué? Porque no tenemos contacto verdaderamente con la sacralidad de nuestro cuerpo y, por lo tanto, con la sacralidad del cuerpo de la otra persona.

Ahí también está Dios, todos venimos de un acto sexual, todos estamos aquí porque nuestros padres se amaron en su día y de ese encuentro nacimos.

Pero no hemos desarrollado ese don del cual procedemos. Y ese don que cada cual, según sus llamadas, sus circunstancias, está, forma parte de uno de los puntos importantes de la experiencia corporal, ¿no?

Ahí hay un gran tema, yo creo, por abrir todavía.

Y que lo estamos padeciendo, como digo, disociadamente en forma o de denuncias o en forma de ocultamiento, pero no hay todavía una integración.

Vale que haga de eso un camino y una experiencia espiritual. Bueno, eso está ahí. Esto está en uno de los puntos en que yo creo que el cristianismo tiene una cierta deficiencia sobre este punto. No es un tema que hayamos desarrollado. Está en los textos antiguos, en el Cantar de los Cantares, ahí hay cosas muy bellas de la relación hombre-mujer, está en la normalidad en que Jesús aborda estos términos en cuanto que no le da toda la problematicidad que la censura farisaica.

Es decir, los aniseos que son los que no han asumido su sexualidad y cómo gestionarla y por lo tanto se escandalizan porque rechazan lo que ellos de sí mismos no han asumido, pero eso lo hemos traspasado durante dos mil años a nuestra tradición, yo creo, quizás ustedes en la tradición protestante al ser los pastores poderse casar, pues probablemente en ese punto tengan mayor facilidad. En la Iglesia Católica, al ser sacerdotes célibes,

pues ahí yo creo que tenemos una dificultad mayor para integrar este punto. Pero bueno, ahí no voy a entrar en detalles. Creo que es una gran cuestión.

A poder trabajar en esta sacralización de todos los aspectos de nuestra vida, y como digo, no de cualquier manera, sino verdaderamente en profundidad y con conciencia.

Esto, muy brevemente, en el ámbito de lo corporal. En el ámbito de lo psíquico. El psiquismo. El psiquismo tiene que ver con todo el tema de nuestras heridas. O sea, la gran diferencia y creo que la gran aportación del siglo XX

Además, se habla más de la tecnología, del desarrollo de las ciencias, sin duda es algo muy propio del siglo XX, pero yo diría que una de las grandísimas aportaciones del siglo XX es el campo de la psicología.

Empezando por Freud, después con Jung, después todas las escuelas de todo tipo. Han ido mucho más a fondo que la moralidad cristiana. Porque el gran problema de la moralidad cristiana es que hemos censurado, hemos tachado de permitido y no permitido, pecado y no pecado. Los actos finales, pero sin comprender de dónde procedían. Y han sido premiados o amenazados en forma de castigo, pero eso no ha hecho crecer a la gente, le ha puesto por ahí un dique, pero ese dique no resuelve el problema.

Entonces, cuando en el siglo XX se ha buceado en los ámbitos profundos del inconsciente, y comprender que detrás de todo acto hay una causa, y que en la mayoría de las causas de todo eso que llamamos pecado, lo que hay es una herida, y que podemos ir a la origen de esa herida, no para condenarla, sino justamente para sanarla, y entonces todo lo que brote de allí será actitudes sanas, eso tiene muchísimo que ver con la espiritualidad.

Y en parte, no sé si es la tradición protestante, no sé cómo tiene la cuestión de lo que llamamos confesión, la tradición católica. Pero había un elemento, dejando aparte la parte... digamos, fea de la confesión, ¿no? Que es un juez que tiene que... si no lo que tenía de positivo... que es el tener con quién hablar de cosas prohibidas, de con quién hablar de cosas ocultas, que no hay con quién poderlo hacer, ¿no?

Eso en el fondo era la dirección espiritual que los confesionarios se daban cuando el sacerdote era un buen confesor y no un juez, ¿no? No un censor, ¿no?

Bueno, pues en el siglo XX claramente ha habido un desplazamiento del... confesor al diván, ¿eh? Porque en el diván se ha dado la posibilidad de poder ir a esos lugares vergonzosos y vergonzantes, no desde el juicio, sino desde la profunda comprensión de dónde salían los actos.

Y hoy en día, ahora estamos hablando justamente con Víctor de este asunto, si el primer psicoanálisis, la primera psicología es atea, porque entiende que el ateísmo, o sea, que la creencia en Dios es un Dios censor o un Dios evasivo, por lo tanto hay que negar a lo divino porque si no se puede trabajar lo humano.

En estos momentos, gracias a Dios, estamos en un momento también integrador, donde tanto la psicología está mucho más abierta a esa dimensión espiritual del ser humano, como desde el ámbito de la espiritualidad, de los acompañamientos espirituales, abierta al conocimiento psicológico, porque hay cosas que necesitan su técnica, digamos, su experticia, y que no se pueden simplemente, pues como decía Tony de Melo, no se pueden poner vendas espirituales sobre heridas psicológicas. Porque si no, esa herida sigue supurando y poniéndole un vendaje por encima no arreglas nada. Lo que es el

problema, haces que no se manche en un día la camisa, pero eso todavía, según la pones mal la venda, todavía hace que la herida se prolongue más porque no se aborda, ¿no? Por lo tanto, tiene que ver profundamente con la espiritualidad con la psicología, porque además psicología viene de psique y psique tiene que ver, es el alma, es la palabra griega para decir alma, por lo tanto psicología es el sumergimiento en el alma, el análisis del alma, el cuidado del alma. Bueno, pues no puede haber nada más espiritual que eso, digamos, ¿no?

Y como digo, hoy en día en ese proceso integrador que mencionaba al comienzo, se está dando un acercamiento de ambas partes. La psicología está más abierta a lo espiritual, en corrientes claramente como la psicología transpersonal y otras, la junguiana también.

Incluso en la psicoanalítica hay unas lecturas recientes de Freud que abrirían más esa aparente inicial negación freudiana a lo trascendente, ¿Cómo? Desde la competencia espiritual a decir, necesitamos herramientas para abordar este trabajo con mucho cuidado, porque se trata de ir a la herida original, a lo que se ha llamado la falta básica. Toda nuestra personalidad surge de una carencia esencial en torno a la cual se ha construido nuestra identidad. De poco sirve centrarnos únicamente en acciones o actitudes periféricas si no vamos al origen que las ha generado.

Ese sumergimiento en los mares del psiquismo es también un sumergimiento espiritual, porque está relacionado con la sanación de la persona. Solo cuando estamos sanos podemos responder plenamente al mundo. Hoy en día esto forma parte de una espiritualidad íntegra.

Por último, nuestra respuesta al mundo es esencial. Somos seres sociales y, por lo tanto, los distintos ámbitos de nuestra sociabilidad están llamados a ser sumergidos en el Espíritu. Hoy quiero mencionar tres grandes retos de la espiritualidad cristiana en relación con el mundo actual: el reto político, el reto económico y el reto ecológico.

En cuanto al reto político, vivimos un momento en el que, más que nunca, necesitamos una mirada reconciliada y no violenta. Cuando los presidentes de las naciones se intercambian motosierras como símbolo político, asistimos a una obscenidad pública que nunca habíamos visto. Cuando algunos líderes creen posible promover turismo de lujo en las playas de Gaza, hablamos de una auténtica barbaridad, de una forma de delincuencia pública.

Pero no se trata de quedarnos asustados o de caer en la crítica estéril. Precisamente ahora, cuando surge con fuerza la tentación de enfrentar a unos contra otros, cuando se desempolvan discursos de exclusión y hostilidad, el ámbito de la política debe convertirse en un lugar de reconciliación y de encuentro con el otro, reconociendo también nuestra propia herida.

Hay un libro extraordinario de Arnold Gruen titulado *El extraño que llevamos dentro*. Gruen, un alemán que emigró a Estados Unidos al inicio del nazismo —sin ser judío, pero sí socialista y opositor al partido nazi— contempló desde la distancia la barbarie cometida por su propio pueblo. Tardó años en comprender cómo pudo suceder algo así y qué se les escapó de las manos. Su análisis es de lo más profundo que se ha escrito sobre estos temas. Ese “extraño” al que se refiere es nuestro dolor no reconocido.

A partir del análisis de la vida de Hitler y de los grandes mandatarios nazis, observamos rasgos comunes: todos ellos tuvieron padres crueles que los dañaron. Sabemos que Hitler fue azotado numerosas veces por su propio padre. La única forma de sobrevivir a esa violencia es anularse y destruirse en una depresión o en una victimización creciente,

o convertirse en el mismo agresor. Es decir, la víctima que se convierte en agresor. El padre que me ha engendrado y que dice que me ama me maltrata; entonces me identifico con el padre maltratador. Ese es el problema de las víctimas y de los victimarios: es el mismo proceso. Al identificarme con el agresor, reproduzco la misma agresión. Esa es mi fuerza: me convierto en aquel a quien temo, pero al convertirme en él dejo de temerlo, porque me identifico con él. Sin embargo, reproduzco la misma situación interminablemente.

¿Dónde está el problema? En que no se tiene el coraje de abordar el propio dolor; el dolor se vomita sobre los otros. Es lo que está haciendo Trump, lo que está haciendo Putin, lo que está haciendo el presidente o el primer ministro, etcétera. Vomitan sobre nosotros su propio dolor porque no tienen el coraje ni las posibilidades de adentrarse en él y redimirlo.

Si Cristo salva al mundo desde la cruz, es porque, en medio de la tortura de la crucifixión, no devuelve con agresión, insultos ni maldición la crueldad de quienes lo torturan, que además se burlan de Él en plena tortura, lo cual es aún más hiriente. “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. El juicio de Dios al mundo es el perdón. Pero Dios puede perdonar porque al mismo tiempo comprende. Solo podemos amar lo que comprendemos, y solo comprendemos lo que amamos. Todo lo que rechazamos es porque no lo comprendemos y, al no comprenderlo, no podemos amarlo. Al mismo tiempo, al no amarlo tampoco podemos comprenderlo. El juicio de Dios al mundo es amor y comprensión. Cuando Jesús dice “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”, significa que Él sí entiende por qué lo están haciendo. Lo hacen porque no pueden soportar a alguien que ponga en cuestión su seguridad, ya que detrás de esa seguridad hay un terror terrible a quedar a la intemperie.

Eso es el poder, en cualquiera de sus formas: política, religiosa o económica. El poder es un refugio del ego, entendiendo por ego la captura del yo por el propio yo. El yo capturado por sí mismo no sabe ni puede salir de su prisión hasta que no tenga no solo el coraje, sino también las condiciones de posibilidad para entender por qué está capturado en ese refugio y de qué se está protegiendo. Si esto ya es difícil en las relaciones interpersonales, cuando pasa al nivel de los grandes dignatarios de las naciones es mucho más compleja, porque es demasiado tarde. Nunca es del todo tarde, pero es más difícil detenerlo porque ya ha entrado en determinados dinamismos. Y sí, desgraciadamente, necesitamos de las guerras, es decir, de destrucciones más o menos radicales del paisaje y del escenario para volver a comenzar. Ese es el ritmo pascual.

En el campo de la política, en esta crispación de egos enfrentados, es importante entender que, en el fondo, lo que hay es dolor acumulado y vomitado los unos contra los otros. Por lo tanto, la respuesta de una auténtica espiritualidad cristiana es comprender ese dolor y esa agresión como una forma de dolor camuflado que necesita reconciliación. Esa reconciliación, ese bien pensar del otro, implica no alimentar nuestros malos pensamientos suponiendo que todos son salvajes. Si nuestro pensamiento sobre Trump, Putin, Zelensky, Jair de Tanjaro o quien sea —a quienes ponemos como símbolo del mal— es de rechazo absoluto, significa que no comprendemos ni tenemos misericordia.

Gandhi, en su Ashram en la India, cuando estaban en plena lucha por la independencia frente a los ingleses, velaba para que ni siquiera sus pensamientos pudieran ofender al adversario. Ni siquiera deseaba que el adversario, al saber lo que pensaban de él, pudiera sentirse ofendido. Cuando Jesús dice: “No os digo ojo por ojo y diente por

diente”, algo que en Israel hoy, con cuarenta mil muertos por mil, se ha llevado cuarenta veces más allá de lo permitido, está denunciando que, al cumplir literalmente la ley, la están destruyendo. Jesús dice que cada vez que ofendes, insultas o hablas mal de tu hermano, lo estás matando. Por lo tanto, incluso nuestros pensamientos de rechazo son un acto de homicidio, porque eliminan al otro de nuestra mente y de nuestra vida.

Eso acaba construyendo la alta política de las naciones. El acto político comienza en cómo pensamos nosotros sobre la política y sobre los políticos. Pensar sobre eso ya es un acto político. Hablar sobre ello —aunque sea en una comida familiar o con amigos— puede hacerse de forma tóxica o de forma salvífica. Esa es alta espiritualidad. Eso pone en juego la verdad de nuestra espiritualidad. Más que nunca necesitamos que nuestro pensar y nuestro hablar, y también la selección de la información que recibimos, se purifiquen. ¡Cuánta basura escuchamos diariamente! Eso es lo opuesto a la espiritualidad. En todas las tradiciones espirituales existe una contención de la vista, del oído y del tacto, lo que se llama ayuno. Estamos en tiempo de Cuaresma, tiempo de ayuno, que no consiste en comer pescado los viernes para luego tomar langosta, sino en algo más serio: si el ser humano no se contiene, se derrama y se desparrama. Y es indispensable no solo durante cuarenta días al año —aunque eso ya ayuda a mantenernos atentos— sino como un hábito permanente: el hábito de la contención.

El reto económico tiene que ver también con esto. Vivimos en una sociedad del despilfarro y del consumismo, en una sociedad que separa triunfadores de fracasados, los que trabajan dieciséis horas al día estresados y los que no tienen trabajo por la desorganización general. ¿De dónde surge esto? De una avidez no identificada, de una avidez convertida en inercia, sobre la cual está construido nuestro sistema capitalista, cuyo nombre ya es un problema: acumular capital para producir más capital. Esto está en las antípodas del Evangelio. “Ved los lirios del campo, cómo crecen”. Nadie los prepara para que nazcan, y sin embargo surgen. Si habéis estado en Palestina, sabéis que en medio del desierto de Judea, entre piedras y lugares áridos, aparecen lirios verdes con flores amarillas o blancas de una belleza extraordinaria. ¿De dónde surge eso? De unos bulbos que acumulan agua bajo tierra y que, en un momento determinado, brotan con esplendor. Cuando estás ahí entiendes las palabras de Jesús. No es un campo regado; en medio de las piedras aparece esa belleza exquisita.

¿De dónde surge eso? De la confianza. ¿Y qué significa confianza? Interconectividad. Esos lirios están interconectados con el silencio profundo de la tierra, donde absorben la humedad necesaria y brotan al sol cuando llega la primavera. La conciencia de interrelación es la fuente de su vida. No devoran su entorno, no lo depredan, sino que lo comulgan. Pasar de depredar a comulgar. Cuando comulgamos con algo o alguien, lo tenemos en cuenta y es imposible depredarlo, porque convertir algo en objeto de consumo lo destruye y, al devorarlo, también me devora a mí mismo. Eso es lo opuesto a la espiritualidad.

Una economía espiritual es una economía que tiene en cuenta todos los procesos de interrelación en la producción y elaboración de los productos finales de venta, así como las relaciones de justicia entre unos y otros. En este campo hay muchísimo por hacer. Hay crisis de modelos políticos y económicos porque muchos han fracasado, entre otras razones porque lo más sagrado no puede imponerse. El gran fracaso del modelo comunista es haber obligado a algo que solo puede darse como acto libre; si se impone, se mutila. No se puede imponer la igualdad. La igualdad es una condición del alma. Y no es solo igualdad, sino equidad, que sería otro tema, pues no todos somos iguales. El

acto económico —relación entre personas, relación con productos e intercambio y consumo— está llamado a ser profundamente espiritual. Tiene que ver con la sacralidad de las cosas y de las personas, con las interrelaciones que se crean en los puestos de trabajo y en las jerarquías de las empresas. Todo esto forma parte del reto de la espiritualidad cristiana.

Por último, el tercer reto de nuestra relación con el mundo es la ecología: nuestra relación sagrada con la Tierra, con la Madre Tierra. Antes esto podía parecer una cuestión pagana, algo propio de pueblos aborígenes que vivían primitivamente. Ahora nos damos cuenta de que serán ellos quienes nos ayuden a salvar la Tierra, porque han conservado el sentido de reciprocidad que nosotros hemos perdido, y veremos si aún estamos a tiempo de recuperarlo.

Un compañero jesuita en la Amazonía, en plena selva, durante sus primeras semanas vio a una madre de los Yanomami que amamantaba con un pecho a su hijo y con el otro pecho a un cerdito salvaje. Su primera reacción fue de rechazo. Luego supo que los cazadores habían matado por error a una madre cerda que estaba amamantando —algo que nunca hacen, porque las madres son fuente de vida— y las crías quedaron desamparadas. La comunidad adoptó a los cerditos y los alimentó con su propia leche. Era un acto de profunda reverencia hacia la interrelacionalidad con las criaturas de la Tierra, nacidas del mismo Creador. Esto no es una anécdota, sino una ilustración de un modo de estar en la naturaleza en el que no somos dominadores ni propietarios, sino custodios. Las palabras bíblicas “someted y dominad la tierra” no expresan la voz de Dios, sino la de escribas urbanos ya desconectados de la relación con la naturaleza. En cambio, estos pueblos aborígenes se saben custodios de la Tierra. Esto cambia totalmente nuestra relación con las cosas. La espiritualidad cristiana debe aprender también de ellos. Lo hemos practicado poco, y es un acto de humildad.

Los retos para vivir en el mundo de forma responsable —responsable significa responder— parten de la escucha sagrada de las circunstancias que configuran nuestro momento civilizatorio, que está al borde del colapso. Con conciencia y lucidez podemos atravesar las sacudidas inevitables, porque ocho mil millones de seres humanos viviendo al ritmo actual no es sostenible. La espiritualidad cristiana ofrece claves de lectura para esa contención, esa reconciliación y esa conciencia de que aquello que sucede lo provocamos nosotros mismos y podemos ser agentes de transformación mediante nuestro modo de estar en el mundo.

Hay dos retos más que solo puedo enunciar. Uno es el reto epistemológico: nuestra capacidad de dialogar con la ciencia, la técnica y las diversas disciplinas del saber. No competimos con otras disciplinas humanas: todas buscan lo real. El científico, el religioso, el artista, cada uno a su manera. Nuestras aproximaciones no se niegan, se complementan. La teología y la espiritualidad no compiten con la ciencia, sino que se interfecundan. Es un campo enormemente fecundo.

El último reto es el interreligioso: considerar que los accesos de otras religiones a Dios no se oponen al propio, sino que son modos diferentes de acceder al mismo lugar. Todas las religiones van al mismo origen, pero por distintos caminos. Igual que el acceso a la cima de una montaña: la cara norte, la sur, un lado sombrío, otro soleado. No tienen por qué estar en contradicción. Solo quienes alcanzan la cima ven que todos los caminos culminan en ella y que no compiten, sino que se complementan.

Cuando Jesús dice “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí”, puede entenderse de modo excluyente —solo se va por Cristo explícitamente— o

de modo incluyente: el único camino hacia la verdad y hacia la vida verdadera es vivir como Jesús, en la donación infinita de sí mismo. Ese es el único camino. Todos los que caminan así están en el mismo camino, se nombre o no a Cristo. Cristo es inclusivo por naturaleza, porque es encarnatorio. ¿Cómo podría convertirse en causa de exclusión? Si se encarna en lo humano, no puede excluir ninguna forma plena de ser humano. Si lo creemos, es que no hemos entendido a Cristo.

La espiritualidad cristiana pasa de competir por pretensiones de totalidad de la verdad a compartir las plenitudes que da esa verdad. No competimos con nadie. La verdad se pertenece a sí misma, y quien pertenece a la verdad se desapropia de sí mismo; si no, ya no es verdad. Estamos llamados a compartir plenitudes. Cada religión comparte la suya; nosotros compartimos la nuestra, no oponiéndonos, sino tratando de comprender cómo otros acceden al mismo lugar por el que nosotros accedemos a través de Cristo. Esta vía es inclusiva porque el principio de la encarnación es radicalmente inclusivo: lo divino se hizo humano en Cristo Jesús, y por lo tanto todo lo profundamente humano es divino por el principio de encarnación.